LAS DOS RIVALES.

CUENTO.

I.

CAMINO va de Jaen
Sobre perezosa mula
Mancebo de pocos años,
De larga guedeja rubia.
Fija la barba en el pecho,
Su rostro pálido oculta,
O con recelo sus ojos
Torna al camino de Andújar.
En vano animar pretende
Su tarda cabalgadura,
De temor de que le alcancen
Sus hermanos que le buscan.
Y la tarde es avanzada
Y lluvia anuncia la luna
En rededor circundada
De triste banda sulfúrea.
¡Ay de él si allí le sorprende
Temerosa noche oscura,

Y las nubes á torrentes
La tarda vereda inundan!
¡Pobre niño! en esos campos
De triste aspereza inculta
Sus ropas de seda blanda
Pronto calará la lluvia.
Mas no.... que ya de Jaen
Se ve el castillo en la altura
Y al través de las ventanas
Mil y mil luces que cruzan.
Suspira el jóven, sus ojos
Clavando con amargura
En la ciudad que se pierde
Entre la niebla confusa.
Lágrimas vierten sus ojos
Que en su abandono no enjuga;
La mula apresura el paso
Y él este canto murmura:

¿Por qué me juraste amores,
Fementido engañador?
¿Por qué adornaste con flores
Esa copa de dolores
Para burlarme mejor?

Dijísteme que era hermosa
Y que me amabas tambien:
Tu queja escuché piadosa
Y con promesa de esposa
Ablandaste mi desden.

Mal hayas tú, fementido,
Que ya supe tu maldad.
Llámaste de otra marido
Después que hubiste cogido
La flor de mi honestidad.

En otra reja suspiras
Abrasado el corazon;
Por otros ojos deliras,
Y no temes que mis iras
Han de vengar tu traicion.

II.

Apeóse el viajero,
Y por las calles á oscuras
Con paso incierto camina....
Párase al fin y pregunta.
Pregunta por Lainez Diego,
Un caballero de Andújar:
Las noticias que le han dado
Pusieron colmo á su angustia.
Vuelve á andar, no sabe á dónde,
Y tiembla y solloza y duda....
La oscuridad le estremece
Que donde quier le circunda.
Una campana le guia
Triste, penetrante, aguda,
Que la oracion de los muertos
Con eco solemne anuncia.
Solo está el templo, y apenas
Dos ó tres luces le alumbran....
Nadie reza por los muertos
Obligados en sus tumbas.
Postrado el mancebo hermoso
En la helada piedra dura,
Dirige ardientes plegarias
Con trémula voz confusa.

Largos rizos resbalaron
Por su garganta desnuda,
Que en rededor de su talle
Movidos del viento ondulan.
Azules eran sus ojos
Llenos de amor y dulzura,
Y su seno palpitaba
Con triste emocion profunda.
En vano el desventurado
Con dolorosa amargura
Alza su mirada al cielo
Donde algun consuelo busca!
En sus ojos se clavaron
Los de espantada lechuza
Que en la lámpara del templo
Fatídica se columpia.

III.

Sonó la campana y el eco vibrando
Con luengos zumbidos el aire agitó.
Sonó la campana: las doce están dando
Y el triste mancebo del templo salió.
Muy cerca una casa que al paso encontrara
Llamó su cuidado, paróse al umbral:
Sonaba allá dentro ruidosa algazara
Y brindis y cantos de fiesta nupcial.
Subió presuroso: su rostro inmutado
Perdió en un momento su hermoso color,
Y Lainez ha visto, y ha visto á su lado
La hermosa doncella que absorve su amor:
Y cien caballeros y damas vistosas
En torno á la mesa que cubren sin fin,

Mezclados con haces de mirto y de rosas
Alegres despojos del largo festin.
El rostro de Lainez parece difunto,
Mas nadie repara su vivo pesar,
Que todos los ojos tornáronse al punto
Al jóven gallardo que acaba de entrar.
Perdon si interrumpo, por último exclama,
La fiesta solemne: yo soy un cantor
Que el mundo recorro ganoso de fama
Cantando en los pueblos endechas de amor.
Al punto las damas haciéndole lado
Que cante le ruegan con mucho interés,
Y el mozo obedece con gusto y agrado,
Porque es como hermoso galan y cortés.

¿Por qué me juraste amores,
Fementido engañador?
¿Por qué adornaste con flores
Esa copa de dolores
Para burlarme mejor?

En otra reja suspiras
Abrasado el corazon,
Por otros ojos deliras,
Y no temes que mis iras
Han de vengar tu traicion.

Mucho plació la cantiga
Y mas el mozo plació,
Que las damas le miraron
Con muestras de grande amor.
Solamente el desposado
El entrecejo arrugó,
Y relumbraron sus ojos
Con ceño amenazador.

Ruedan otra vez las copas,
Rueda la alegre cancion,
Y el forastero mancebo
A la casada brindó.
Alguno que lo miraba
Con cuidadosa atencion,
Pomo de luciente plata
Ver en sus manos creyó.
Después de ella, llevó al punto
A sus labios el licor
Y con mano temblorosa
Toda la copa apuró.
Mas la noche es avanzada,
Que ya con lúgubre son
Anuncia á los desposados
Las doce y media el reloj.
La novia llevan al lecho
Y Lainez luego partió:
Tras él cerraron la puerta.....
Solos quedaron los dos.
Tiende las manos al lecho....
Solo un cadáver tocó,
Un cadáver, donde piensa
Hallar caricias de amor.
Acerca la luz, es ella,
Ella, su vida y su Dios;
Pero está cárdena y fria,
Y quieto su corazon.
Llámala mil y mil veces:
Ella no escucha su voz,
Y si la escucha, no puede
Responder á su afliccion:
Porque helada está su sangre,
En su seno no hay calor,
Y sus ojos apagados
No son ya envidia del sol.

Melancólico gemido
Detrás de la puerta oyó
Y de pasos temerosos
Acelerado rumor.
A lo lejos en la sombra
Deslizarse un bulto vió,
Apoyado en las paredes
Por el largo corredor.
Vuela en su alcance y la sombra
Burla su intento, veloz;
Mas retumba el pavimento,
Do al fin sin fuerzas cayó.
Y oyó pronunciar apenas
Con entrecortada voz:
¿Por qué me juraste amores,
Fementido engañador?

IV.

Por *la calle de los Muertos*
Cuando el reloj dió la una,
Envueltas en negros paños
Sacaron las dos difuntas.
Un hombre solo acompaña
Esta ceremonia muda,
Y en su pecho lastimado
Hondos sollozos se escuchan.
Así atraviesan las calles
Y á los que velan asustan;
Parecen almas que penan
Segun caminan de mustias.
Ahuyentan á los amantes
En su plática nocturna
Y los canes agoreros
Temerosamente aullan.

V.

Fuera de lugar sagrado
En camino de Porcuna
Cuatro pinos sombra dan
A una humilde sepultura.
La lápida que la cubre,
En negras letras confusas
Manifiesta cuyos son
Los restos que allí se ocultan.
Doña Inés de Albarracin
Nació en la ciudad de Andujar,
Dicen las letras, gastadas
Por el tiempo y por la lluvia.

Antonio García Gutierrez.

LAS JUDIAS.

Preguntado Chateaubriand por Fontanes por qué motivo las mujeres israelitas eran mas hermosas que los hombres, contestó: Las judías se escaparon de la maldicion que cayó sobre sus padres, maridos é hijos. No se vió ninguna de ellas entre aquella turba miserable que insultó al Hijo de Dios, le azotó, coronó de espinas, y le condenó á la ignominia y á la agonía de la cruz. Las mujeres de Judea creyeron en el Salvador, lo auxiliaron y consolaron en sus aflicciones. Una mujer de Betania esparció sobre su cabeza un precioso bálsamo que llevaba en un vaso de alabastro; la pecadora le ungió los piés y los enjugó con sus hermosos cabellos. Jesucristo extendió su misericordia á las judías; levantó al difunto hijo de la viuda de Nain y á Lázaro el hermano de Marta; sanó á la suegra de san Pedro; fué para la Samaritana una fuente de agua viva, y un juez compasivo para la mujer adúltera. Las hijas de Jerusalen le lloraron, las santas mujeres le acompañaron al Calvario, y mujeres fué lo primero que vió al salir del sepulcro.